

que configuran las obras completas. A fines de los setentas fue llamado por el gobierno sandinista a hacerse cargo de la embajada de Nicaragua en Madrid, puesto que desempeñó con donaire, sabiéndose sucesor de un embajador egregio: ¡nada menos que Rubén Darío! A su muerte, en la ciudad de Mérida, Yucatán, a finales de 1985, quedaron pendientes dos empresas de crítica textual: la recopilación y edición de las múltiples versiones existentes del soneto que empieza “No me mueve, mi Dios, para quererte [...]”, y la citada investigación sobre “Las alteraciones del Darién”. Ojalá pudieran ser concluidas.

Reyista, martiano, dariano, erudito singular, investigador y maestro, mucho dio Ernesto Mejía Sánchez a los que lo escuchamos, lo seguimos, y de él aprendimos.

## Héctor Mendoza

*José Luis Ibáñez*

¿Sería una torpeza confesar ahora mi fallido intento de parodiar un célebre bolero? Forzando su rima, mi broma cariñosa empezaba:

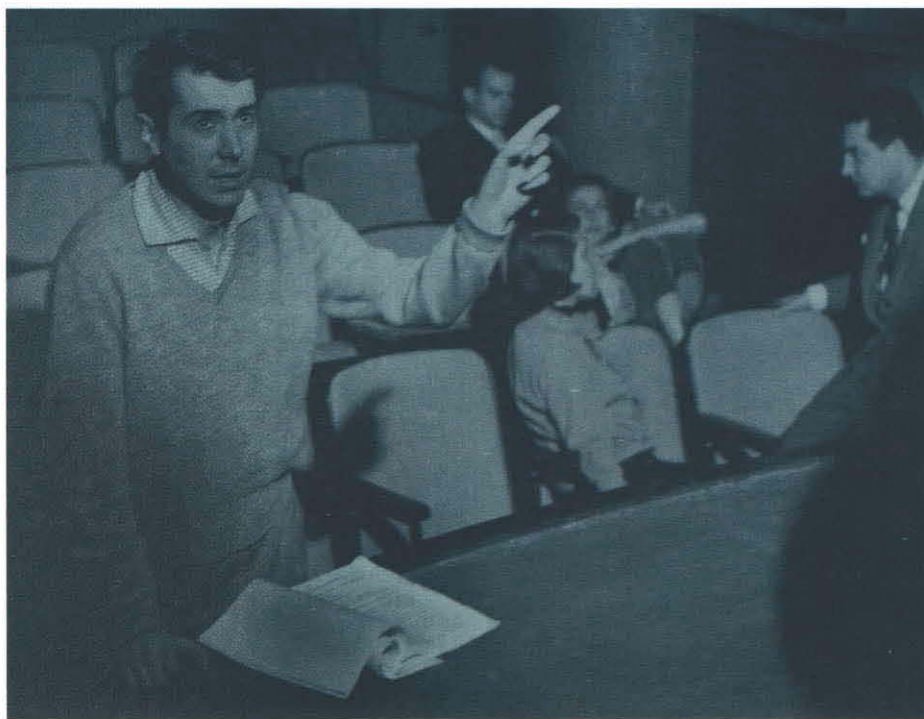
Tú me acostumbraste a todas esas cosas  
y tú me enseñaste que son Héctor Mendoza's...

Con seguridad, en cambio, puedo decir que de las cosas nada simples que, en los años de *Poesía en voz alta*, Héctor Mendoza hizo como director, soy buen testigo. Gozarlas cuando sucedieron, asombrarme de su inspiración, ver con mis propios ojos cómo encarnaron, fue mi suerte. Analizarlas, aquilatarlas y esforzarme en su comprensión para comunicarlas a quienes desean saber de ellas, es —no exagero— una de mis ocupaciones más frecuentes.

No sólo era yo su ayudante. Nuestra amistad se fue haciendo entre viajes de autobús, festivales de teatro estudiantil, y reuniones con Juan García Ponce y Miguel Barbachano. ¿Qué hubiera sido de mí sin esa compañía?

Las lecciones y experiencias de Héctor no podrían confundirse con las de ningún otro: tan exigentes unas como inspiradas las otras; tan imaginativas como estudiosas; tan disciplinadas como intuitivas. Sus obras de juventud comprueban que nació dotado para el teatro. Y cuando, para sorpresa de muchos, se dispuso a dirigir, sus dones naturales

Héctor Mendoza dirige *La hija de Rappaccini*. Al fondo Octavio Paz, Manola Saavedra y María Luisa Elío, 1956.



lo llevaron a las alturas con envidiable facilidad: “subió tan alto, tan alto”..., y le dio a “la caza, alcance” en el primer vuelo.

¿Hace falta decir quién es el actual Héctor Mendoza, el dramaturgo, el director, el maestro de maestros de maestros? ¿Acaso no es aquél mismo, ya grandioso de nacimiento, que de un golpe nos enfrentó hace cuarenta años a la urgencia de hacer en México el teatro que deseamos, antes que el que recibimos como herencia? El teatro

[...] que tengo en las entrañas dibujado.

### **Menéndez Samará o de los prolegómenos a una metafísica del porvenir**

*Joaquín Sánchez Macgrégor*

El saber de salvación actuante. Una conciencia en pleno juego dialéctico ascensional en camino a la verdad. Así veo hoy al maestro Menéndez Samará. En aquella remota juventud preparatoriana, cuando lo tuve de profesor en Introducción a la filosofía, se le conocía por sus manuales de filosofía y psicología; atraía, además, como poseedor del